



## ¿QUE PASA CON EL VIADUCTO?

Esta pregunta se la hacen angustiados nuestros mayores, porque ya nadie se suicida arrojándose desde lo alto de él, pues ha dejado de ser popular. Antes sí, antes a menudo se interrumpía el tráfico por un suicida hasta que llegara el juez de guardia y ordenara el levantamiento del cadáver; y mientras tanto la gente se arremolinaba alrededor, comentando los desperfectos que se había ocasionado el individuo, y como siempre había alguien que conocía al difunto, entretenía a la concurrencia contando unos dramones a lo Sautier Casaseca, que según él le habían inducido a dar el salto de la carpa sobre la madrileña calle de Segovia.

Todo esto tenía su encanto, incluso tomar el tranvía que pasaba por debajo del Viaducto entrañaba su poquito de suspense de si llegaría antes de que el suicida de turno cortase el tránsito. La gente de los pueblos venía a la capital y se pasaba las horas muertas mirando hacia lo alto a la espera de ver precipitarse un ser al vacío; era algo típico de Madrid, y por eso nunca se puso la alabrada en la barandilla, como algunos periódicos pretendían.

Luego esta costumbre de irse así de este mundo se ha ido perdiendo, a pesar de que el Ayuntamiento, en su afán de poner un Viaducto al alcance de todos, ha llenado la ciudad de pasos elevados; pero llegó un día en que el tráfico se impuso y el cadáver primero se apartaba para que no estorbase, los barrenderos recogían los sesos desperdigados y, por último, se avisaba al juzgado; al suicida ya no le conocía nadie, la gente, más atareada, no le prestaba atención, apenas venía después una breve reseña en el periódico. En estas lamentables condiciones, ¿quién es el guapo que se tira por el Viaducto?

PIBE HAMETE



## RELATOS BREVES

Por COLL

Fue de una forma totalmente inesperada. Cuatro individuos provistos de metralletas se apearon de un coche y descargaron sobre mí una ráfaga de tiros en abundancia.

Tres tiros me habían atravesado los pulmones, por lo que el médico me dijo que durante una temporada dejara el tabaco. Otros cuatro balazos me habían atravesado el corazón, por lo cual, según el médico, no me conviene hacer grandes esfuerzos ni subir escaleras. Seis balas me habían perforado el hígado, lo que me obliga, por lo visto, a no hacer excesos ni en la comida ni en la bebida.

Me preocupaba mucho lo del cráneo. Porque no les he dicho que siete u ocho balas me atravesaron el cráneo de parte a parte. Claro que, como me dijo el médico: «Un buen sombrero de ala ancha y esos agujeros ni se ven».

¡Si no fuera por los médicos...!

